

para transformar igualmente la organización religiosa del país. Sobre todo, pretendió hacer elegir los miembros del clero por el pueblo y sustraerle de este modo á la influencia de su jefe supremo, el Papa.

Esta constitución civil del clero fué el origen de luchas y de persecuciones religiosas que se prolongaron hasta el Consulado. Los dos tercios de los sacerdotes negaron el juramento que se les exigía.

Durante los tres años que duró la Constituyente, la Revolución tuvo resultados considerables. El principal, tal vez, fué comenzar á transferir al Tercer Estado las riquezas de las clases privilegiadas.

Pusieron en juego de este modo al propio tiempo que intereses en defensa, fervorosos adheridos al nuevo régimen. Una revolución que tiene por apoyo satisfacciones de apetitos, adquiere por esto mismo una gran fuerza. El Tercer Estado, que había suplantado á la nobleza, y los campesinos que habían comprado los bienes nacionales, dábanse cuenta fácilmente de que el restablecimiento del antiguo régimen les despojaría de todas esas ventajas. Defender enérgicamente la Revolución era para ellos defender su nueva fortuna.

Por esto, durante una parte de la Revolución, vióse á casi la mitad de los departamentos sublevarse en vano contra el despotismo que la consumía. Los republicanos triunfaron de todas las oposiciones. Tenían la gran fuerza de defender no sólo un nuevo ideal, sino intereses materiales. Veremos la acción de estos dos factores prolongarse durante toda la Revolución y contribuir en gran manera al establecimiento del Imperio.

CAPÍTULO II

Psicología de la Asamblea Legislativa.

§ 1.—ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS DURANTE LA VIDA DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA.

Antes de examinar las características mentales de la Asamblea legislativa, resumamos brevemente los considerables acontecimientos políticos que marcaron su corta existencia de un año. Tuvieron, naturalmente, una gran importancia en sus manifestaciones psicológicas.

Muy monárquica, la Asamblea legislativa no pensaba más que la precedente en destruir la realza. El Rey le parecía un poco sospechoso, pero esperaba poder conservarlo.

Desgraciadamente para él, Luis XVI reclamaba sin cesar la intervención del extranjero. Encerrado en las Tullerías, defendido solamente por sus guardias suizas, el tímido soberano oscilaba entre dos influencias contrarias. Subvencionaba á los periódicos encargados de modificar la opinión, pero los inhábiles folicularios que los redactaban ignoraban totalmente el arte de actuar sobre el alma de las multitudes. Su único medio de persuasión consistía en amenazar á todos los partidarios de la Revolu-

ción y en predecir la invasión de un ejército para libertar al Rey.

La realeza no contaba ya más que con las cortes extranjeras. Los nobles emigraban. Prusia, Austria y Rusia, nos amenazaban con una guerra de invasión. La Corte favorecía sus manejos.

A la coalición de los reyes contra Francia, el club de los jacobinos propuso oponer la liga de los pueblos contra los reyes. Los girondinos tenían entonces con los jacobinos la dirección del movimiento revolucionario; provocaron el armamento de las masas; fueron equipados 600.000 voluntarios. La Corte aceptó un Ministerio girondino. Dominado por él, Luis XVI vióse obligado á proponer á la Asamblea una guerra contra Austria; fué votada inmediatamente.

El Rey, al declararla, no era sincero. Varias columnas, impulsadas por el pánico, se desbandaron. Estimulada por los clubs, persuadida además de que el Rey conspiraba con el extranjero, la población de los arrabales se sublevó. Sus agitadores, los jacobinos y sobre todo Danton, comisionáronle para que el 20 de Junio llevase á la Asamblea una petición amenazando al Rey de ser destronado. Después invadió las Tullerías é injurió al soberano.

¶ La fatalidad empujaba á Luis XVI hacia su trágico destino. Cuando las amenazas de los jacobinos contra la realeza habían llenado de indignación á muchos departamentos, se sabía la llegada del ejército prusiano á la frontera de la Lorena.

La esperanza del Rey y de la Reina respecto á la ayuda que podían lograr del extranjero era bien quimérica. María-Antonieta se hacía completas ilusiones, tanto sobre la psicología de los austriacos, como sobre la de los franceses. Viendo á Francia

atemorizada por algunos energúmenos, supuso poder de igual manera atemorizar á los parisienses y colocarlos de nuevo bajo la autoridad del Rey. Inspirado por ella, se entremezcló Fersen para mandar publicar el manifiesto del duque de Brunswick, que amenazaba á París con «una destrucción total si tocaba á la familia del Rey».

El efecto producido fué diametralmente opuesto al esperado. El manifiesto aumentó la indignación contra el monarca, juzgado cómplice, y acreció su impopularidad. Desde aquel día fué señalado para morir en el patíbulo.

Arrastrados por Danton, los delegados de las secciones se instalaron en la Casa Ayuntamiento; una Commune insurreccional que detuvo al comandante de la Guardia nacional, allegado al Rey, mandó tocar á rebato, amotinó á los guardias nacionales y los lanzó con el populacho el 10 de Agosto sobre las Tullerías. Los batallones llamados por Luis XVI se desbandaron. No tuvo ya para su defensa más que los suizos y algunos gentileshombres. Casi todos fueron muertos. Ya solo, el Rey se refugió al lado de la Asamblea. La multitud pidió su destronamiento. La Legislativa decretó su suspensión y dejó que una futura Asamblea, la Convención, decretase su suerte.

§ 2.—CARACTERÍSTICAS MENTALES DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA.

La Asamblea legislativa, formada por hombres nuevos, presenta desde el punto de vista psicológico un interés muy especial. Pocas asambleas ofre-

cieron en grado semejante las características de las colectividades políticas.

Comprendía 750 diputados, divididos en realistas puros, realistas constitucionales, republicanos, girondinos y montañeses. Abogados y hombres de letras formaban la mayoría. Veíanse también, aunque en número reducido, algunos obispos constitucionales, oficiales superiores, sacerdotes y sabios.

Las concepciones filosóficas de los miembros de esta Asamblea parecen bastantes rudimentarias. Varios estaban imbuídos por las ideas de Rousseau, que preconizan el retorno al estado natural. Pero, como sus predecesores, fueron dominados principalmente por la antigüedad griega y latina. Catón, Bruto, Graco, Plutarco, Marco Aurelio y Platón, constantemente invocados, surten imágenes. Cuando los oradores quieren injuriar á Luis, XVI lo llaman Calígula.

Deseando destruir la tradición, eran revolucionarios; pero pretendiendo volver á un pasado lejano, se mostraban en extremo reaccionarios.

Todas las teorías tuvieron por otra parte escasa influencia sobre su conducta. La razón asoma sin cesar en los discursos, pero jamás en los actos. Fueron dominados siempre por aquellas sugerencias afectivas y místicas, cuya fuerza hemos demostrado tantas veces.

Las características psicológicas de la Asamblea legislativa son las de la Constituyente, pero más acentuadas todavía. Pueden resumirse en cuatro palabras: impresionabilidad, movilidad, pusilanimidad y debilidad.

La movilidad y la impresionabilidad se revelan en las variaciones constantes de su conducta. Un día se lanzan violentas injurias y golpes; al siguiente

se les ve «arrojarse en los brazos unos de otros derramando torrentes de lágrimas». Aplauden con calor un ruego, en el que se pide el castigo de quienes pretenden el destronamiento del rey, y el mismo día conceden los honores de la sesión á una Comisión que viene á pedir el destronamiento.

La pusilanimidad y la debilidad de la Asamblea ante las amenazas era completa. Aunque realista, votó la suspensión del rey, y por exigencias de la Commune, lo libertó con su familia para hacerles internar en el Temple.

Gracias á su debilidad se mostró tan incapaz como la Constituyente de ejercer ningún poder, y se dejó dominar por la Commune y los clubs que dirigían influyentes agitadores: Hébert, Tallien, Rossignol, Marat, Robespierre, etc.

Hasta el Termidor de 1794 la Commune insurreccional constituyó el poder principal del Estado, y se condujo de la misma manera que si le hubieran encomendado gobernar París.

Ella fué la que exigió el encarcelamiento de Luis XVI en la torre del Temple, cuando la Asamblea quería encerrarlo en el palacio del Luxemburgo; ella fué la que llenó las prisiones de sospechosos y ordenó en seguida que fueran ahorcados.

Sabido es con qué refinamientos de crueldad un puñado de 180 bandidos, pagados á 24 libras diarias y guiados por algunos miembros de la Commune, exterminaron en cuatro jornadas á unas 1.200 personas. Es lo que se han llamado los asesinatos ó carnicerías de Septiembre. El alcalde de París, Pétion, recibió con grandes cumplidos á la banda de los asesinos y les dió de beber. Algunos girondinos protestaron, pero los jacobinos permanecieron en silencio.

La Asamblea, atemorizada, afectó al principio ignorar los asesinatos que alentaban varios de sus miembros influyentes: Couthon y Billaud-Varenne principalmente. Cuando se decidió á vituperarlos, lo hizo sin atreverse á impedir su continuación.

Consciente de su impotencia, la Asamblea legislativa acababa quince días más tarde por disolverse para ceder el puesto á la Convención.

Su obra fué nefasta evidentemente, no en las intenciones, pero sí en los actos. Realista, abandonó la monarquía; humanitaria, dejó desarrollarse los asesinatos de Septiembre; pacifista, lanzó á Francia en una guerra temible, demostrando así que un gobierno débil acaba siempre por llenar de ruinas á la patria.

La historia de las dos primeras Asambleas revolucionarias, prueba una vez más hasta qué punto llevan los hechos en sí mismos encadenamientos rigurosos. Constituyen un engranaje de necesidades de las que, algunas veces, podemos elegir la primera, pero que en seguida evolucionan fuera de nuestra voluntad. Somos libres de una decisión, pero impotentes sobre sus consecuencias.

Las primeras medidas de la Asamblea constituyente fueron racionales y voluntarias; pero las consecuencias que siguieron escaparon á toda voluntad, á toda razón y á toda previsión.

¿Quiénes son los hombres del 89 que hubieran osado desear ó querer la muerte de Luis XVI, las guerras de la Vendée, el Terror, la guillotina permanente, la anarquía, y luego la vuelta final á la tradición y al orden por la mano férrea de un soldado?

En este desarrollo de acontecimientos que arrastraron los primeros actos de las Asambleas revolu-

cionarias, los más sorprendentes fueron tal vez el nacimiento y desarrollo del gobierno de las multitudes.

Tras los hechos que hemos recordado: toma de la Bastilla, invasión del palacio de Versalles, asesinatos de Septiembre, ataque de las Tullerías, asesinato de los guardias suizos, destronamiento y prisión del rey, fácilmente se descubren las leyes de la psicología de las multitudes y de sus agitadores.

Ahora vamos á ver el poder de la multitud actuando más y más, humillar á todos los restantes y, finalmente, reemplazarlos.

CAPÍTULO III

Psicología de la Convención.

§ 1.—LA LEYENDA DE LA CONVENCION.

La historia de la Convención, no es sólo fértil en documentos psicológicos. Muestra también la imposibilidad en que se hallan los testigos de una época y aun sus primeros sucesores, de emitir juicios exactos sobre los acontecimientos á que han asistido y sobre los hombres que les rodean.

Más de un siglo ha transcurrido desde la Revolución, y apenas si se comienzan á formular juicios algo precisos, aunque á menudo inciertos, sobre este período.

No se consigue solamente gracias á los documentos nuevos extraídos de los archivos, sino también á que las leyendas que envuelven de una aureola de prestigio la sangrienta epopeya, se esfuman progresivamente con el retroceso de los tiempos.

La más tenaz fué tal vez la que sirvió de aureola en otros tiempos á los personajes á quienes nuestros padres habían puesto este glorioso epíteto: «Los gigantes de la Convención.»

Las luchas de la Convención contra Francia sublevada y la Europa en armas produjeron tal impresión, que los héroes de esta lucha formidable

parecían pertenecer á una raza de Titanes superior á la nuestra.

El epíteto de gigantes pareció justificado, en tanto que los acontecimientos de este período fueron confundidos en un solo bloque. Considerando como encadenadas, circunstancias simplemente simultáneas, se confundía la obra de los ejércitos republicanos con la de la Convención. La gloria de los primeros recayó sobre la segunda y sirvió de excusa á las hecatombes del Terror, á las ferocidades de la guerra civil, á la devastación de Francia.

Bajo la penetrante mirada de la crítica moderna, el bloque heterogéneo se ha disociado lentamente. Los ejércitos de la República han conservado el mismo prestigio; pero fué preciso reconocer que los hombres de la Convención, absorbidos por luchas intestinas, fueron extraños en absoluto á sus triunfos.

Dos ó tres miembros, todo lo más, de uno de los Comités de la Asamblea, se ocuparon de los ejércitos, y si vencieron, fué, además de su número y talento de jóvenes generales, gracias al entusiasmo que les infundía una fe nueva.

En un próximo capítulo consagrado á los ejércitos revolucionarios, mostraremos cómo pudieron triunfar de la Europa en armas. Marcharon impregnados de ideas de libertad y de igualdad, que entonces constituían un nuevo evangelio, y llegados á las fronteras que tan largo tiempo habían de retenerles, conservaron una mentalidad especial, muy diferente á la del Gobierno, que primero ignoraron y luego hubieron de despreciar.

Muy extraños á sus victorias, los convencionales se contentaban en legislar al azar, siguiendo las inducciones de los agitadores que los dirigían y

pretendían regenerar á Francia por medio de la guillotina.

Gracias á aquellos valientes ejércitos, la historia de la Convención se transformó en una apoteosis, infundiendo un religioso respeto á varias generaciones y que apenas se esfuma al presente.

Estudiando en detalle la psicología de los «gigantes» de la Convención, se les ve hundirse muy rápidamente. Generalmente fueron de una mediocridad extremada. Sus más fervientes defensores oficiales, como M. Aulard, por ejemplo, están obligados á reconocerlo.

He aquí cómo se expresa este escritor en su *Histoire de la Revolution française*:

«Se ha dicho que la generación que de 1789 á 1799 hizo tan grandes y terribles cosas, fué una generación de gigantes, ó, en estilo más sencillo, que fué una generación más distinguida que la precedente ó la siguiente. Se trata de una ilusión retrospectiva. Los ciudadanos que formaron los grupos, ya municipales ó jacobinos, ya nacionales, por los que se operó la Revolución, no parecen haber sido superiores en luces ni en talento á los franceses de tiempos de Luis XV ó á los franceses de tiempos de Luis Felipe. Aquellos, pues, cuyos nombres ha conservado la historia porque aparecieron sobre la escena parisién, ó bien porque fueron los oradores más brillantes de las diversas asambleas revolucionarias, ¿hallábanse dotados excepcionalmente? Mirabeau merece, hasta cierto punto, el calificativo de tribuno genial. Pero los otros, Robespierre, Danton, Vergniaud, ¿tenían realmente más talento que nuestros oradores actuales, por ejemplo? En 1793, en tiempos de los supuestos «gigantes», Madame Roland escribía en sus memorias: «Francia hallábase como agotada de hombres; es una cosa realmente sorprendente su escasez en esta revolución; no ha habido sino pigmeos.»

Si después de haber considerado individualmente á los convencionales, se les examina en conjunto, puede decirse que no brillaron ni por la inteligencia, ni por la virtud, ni por el valor. Jamás

semejante reunión de hombres manifestó parecida pusilanimidad. No tenían valor más que en los discursos ó contra lejanos peligros. Esta Asamblea, tan orgullosa y amenazadora en palabras, ante los Reyes fué tal vez la más medrosa y la más dócil de las colectividades políticas que haya conocido el mundo. Se la ve servilmente sumisa á las órdenes de los clubs y de la Commune, temblorosa ante las comisiones populares que diariamente la invadían, y sufriendo las inducciones de los agitadores hasta entregarle al más brillante de sus miembros.

La Convención dió al mundo el triste espectáculo de votar, obligada por las inducciones populares, leyes tan absurdas, que veíase obligada á anularlas tan pronto como habían abandonado la Sala.

Pocas Asambleas dieron prueba de tal debilidad. Cuando se quiera mostrar hasta qué punto puede caer un Gobierno popular, será preciso recordar la historia de la Convención.

§ 2.— INFLUENCIA DEL TRIUNFO DE LA RELIGIÓN JACOBINA.

Entre las causas que dieron á la Convención su fisonomía especial, una de las más importantes fué la fijación definitiva de la religión revolucionaria. El dogma, primeramente en vías de formación, se halla definitivamente constituido.

Este se componía de un agregado de elementos un poco desemejantes.

La naturaleza, los derechos del hombre, la libertad, la igualdad, el contrato social, el odio á los tiranos, la soberanía popular, forman los capítulos de un evangelio indiscutible para sus creyentes.

Las verdades nuevas poseen apóstoles seguros de su poder, y, como los creyentes de todos los tiempos, intentaron imponerlas al mundo por la fuerza.

De la opinión de los descreídos no tenían por qué hacer caso. Todos merecen ser exterminados.

Habiendo sido siempre el odio á los heréticos, como hemos hecho notar á propósito de la Reforma, una característica irreductible de las grandes creencias, se puede explicar perfectamente la intolerancia de la religión jacobina.

La misma historia de la Reforma nos ha probado que entre creencias afines la lucha es siempre muy enconada. Así no es de extrañar ver en la Convención á los jacobinos combatir con furor á otros republicanos, cuyas creencias apenas difieren de las suyas.

La propaganda de los nuevos apóstoles fué enérgica. Para catequizar á los pueblos se enviaban discípulos celosos escoltados de guillotinas. Los inquisidores de la nueva fe no transigían con el error. Como decía Robespierre: «Lo que constituye la República es la destrucción de todo lo que se opone á ella». Poco importa que el país rehuse ser regenerado; se le regenera á su pesar: «Haremos un cementerio de Francia, aseguraba Carrión, antes que no regenerarla á nuestra manera.»

La política jacobina derivada de la fe nueva, era excesivamente sencilla. Consistía en una especie de socialismo igualitario regido por una dictadura que no toleraba ninguna oposición.

Ideas practicadas en relación con las necesidades económicas y la verdadera naturaleza del hombre, los teorizantes que gobernaban la Francia no tenían ninguna. La guillotina y los discursos les bastaban. Estos últimos son infantiles:

«Nada de hechos, dice Taine, nada sino abstracciones, párrafos y párrafos de juicios sobre la Naturaleza, la razón, el pueblo, los tiranos, la libertad, especie de globos hinchados que se entrechocan inútilmente en el espacio. Si no se supiera que todo esto terminaba en efectos prácticos y terribles, se creería asistir á un torneo de lógica ó á unos ejercicios escolares, á una ostentación académica ó á combinaciones ideológicas.»

Las teorías de los jacobinos se reducían prácticamente á una tiranía absoluta. Parecía evidente que al Estado soberano debían obedecer, sin discusión los ciudadanos, hechos iguales en condiciones y en fortuna.

El poder de que ellos mismos se invistieron era bastante superior al de los monarcas que les habían precedido. Ellos tasaban el precio de las mercancías y se arrogaban el derecho de apoderarse de la vida y de las propiedades de los ciudadanos.

Su confianza en la virtud regeneradora de la fe revolucionaria era tal, que después de haber declarado la guerra á los reyes, la declararon á los dioses. Se redactó un calendario, del que fueron desterrados los Santos. Crearon una divinidad nueva, la Razón, cuyo culto se celebraba en Nuestra Señora con ceremonias, desde luego idénticas á las del culto católico, sobre el mismo altar de la «hasta entonces Santísima Virgen». Este culto duró hasta el día en que Robespierre lo sustituyó por una religión personal, de la cual se erigió en gran sacerdote.

Convertidos en únicos dueños de Francia, los jacobinos y sus discípulos pudieron saquearla impunemente, bien que sin haber estado en mayoría en parte alguna.

No es fácil determinar su número exactamente. Lo único que se sabe es que fué siempre muy pe-

queño. Taine lo evalúa en cinco mil para París, con una población de setecientas mil personas; para Besaçon en trescientas, con una población de treinta mil, y para toda la Francia en trescientas mil.

Quedando, según la expresión del autor que acabo de citar, «un pequeño número de salteadores que se impusieron á Francia conquistada», la dominaron á pesar de su número restringido, por muchas razones.

Primeramente, porque su fe les daba un poder considerable; luego, porque representaban el Gobierno, y desde hacía siglos los franceses obedecían al que mandaba. En fin, porque rechazarlos era, según se creía, volver al antiguo régimen, muy temido por los numerosos adquirentes de los bienes nacionales. Fué necesario que su tiranía llegara á ser temible para que tantos departamentos se atrevieran á sublevarse.

El primero de estos motivos del poder jacobino fué muy importante. En la lucha entre las creencias fuertes y débiles, el triunfo jamás es de estas últimas. La creencia fuerte crea voluntades fuertes que dominan siempre á las débiles. Si los jacobinos acabaron, sin embargo, por perder, fué porque la acumulación de sus violencias habían reunido en haz millones de voluntades débiles cuyo total se sobrepuso á su voluntad fuerte.

Cierto que los girondinos, perseguidos por los jacobinos con tanto odio, tenían también creencias bien arraigadas, pero en la lucha que sostuvieron, se alzaba contra ellos su educación, el respeto de ciertas tradiciones y del derecho de gentes, que para nada figuraba en sus adversarios.

«La mayoría de los sentimientos de los girondinos, escribe Emilio Ollivier, eran delicados, gene-

rosos; los de la turba jacobina bajos, groseros, brutales, crueles. El nombre de Vergniaud, puesto al lado de «el divino» Marat, mide la distancia imposible de cubrir.»

Dominando en primer lugar la Convención por la superioridad de su talento y elocuencia, los girondinos cayeron rápidamente bajo el dominio de los montañeses, energúmenos sin valor, pensando poco, pero actuando siempre y sabiendo excitar las pasiones del populacho. La violencia y no el talento es lo que impresiona á las Asambleas.

§ 3.—CARACTERÍSTICAS MENTALES DE LA CONVENCION.

En añadidura á los caracteres comunes á todas las asambleas, existen otros, creados por las influencias del medio y de las circunstancias, que dan á las diversas reuniones de hombres una fisonomía especial. La mayoría de los caracteres observados en la Constituyente y en la Legislativa van á descubrirse de nuevo, pero aún exagerados, en la Convención.

Esta Asamblea comprendía aproximadamente setecientos cincuenta diputados, cuya tercera parte había pertenecido á la Constituyente ó á la Legislativa. Atemorizando al pueblo, los jacobinos lograron ser dueños de las elecciones. La mayoría de los electores (6 millones sobre 7) prefirió abstenerse.

Como profesiones había en el seno de la Asamblea una gran mayoría de juristas: abogados, notarios, procuradores, antiguos magistrados y algunos literatos.

La mentalidad de la Convención no fué homogénea. Una Asamblea compuesta de individuos de

caracteres muy diferentes se excinde rápidamente en varios grupos. La Convención no tardó mucho en contener tres: la Gironda, la Montaña y la Llanura. Los monárquicos constitucionales casi habían desaparecido. La Gironda y la Montaña, partidos extremos, estaban formados de un centenar de hombres cada uno, que acabaron por ser los directores. En el de la Montaña figuraban los miembros más avanzados: Couthon, Héroult de Séchelles, Danton, Camilo Desmoulins, Marat, Collot d'Herbois, Billaud-Varenne, Barras, Saint-Just, Fouché, Tallien, Carrier, Robespierre, etc. En el de la Gironda se hallaban Brissot, Pétion, Condorcet, Vergniaud, etcétera.

Los otros quinientos miembros de la Asamblea, es decir, la gran mayoría, constituían lo que se llamaba la Llanura.

Este último formaba una masa flotante, silenciosa, indecisa, tímida, dispuesta á seguir todos los impulsos y á cambiar de posición y postura al golpe de excitaciones momentáneas. Con indiferencia escuchaba al más fuerte de los dos grupos precedentes. Después de haber obedecido á los girondinos, se dejó arrastrar por los montañeses cuando éstos triunfaban de sus adversarios. Era una consecuencia natural de la ley citada más adelante, que condena invariablemente á las voluntades débiles á padecer las fuertes.

La influencia de los grandes agitadores se manifestó en alto grado durante toda la existencia de la Convención. Constantemente fué conducida por una minoría violenta de espíritus limitados, á la que las convicciones intensas proporcionaban una gran fuerza.

Una minoría brutal y osada conducirá siempre á

una mayoría medrosa é irresoluta. Esto explica la marcha constante hacia los extremos, observada en todas las asambleas revolucionarias. La historia de la Convención comprueba una vez más aquella ley de la aceleración en otro capítulo estudiada.

Los convencionales habían, pues, de pasar fatalmente de la moderación á violencias más y más acentuadas. Acabaron por diezmarse ellos mismos. De los ciento ochenta girondinos que primeramente dirigían la Convención, ciento cuarenta fueron muertos ó se dieron á la fuga, y, finalmente, sobre una multitud medrosa de representantes serviles reinó sólo el más fanático de los terroristas: Robespierre.

Sin embargo, era entre los quinientos miembros de la mayoría tan incierta y flotante, que constituían la Llanura, donde figuraban la inteligencia y la experiencia. Los comités técnicos, á los que se deben las obras útiles de la Convención, se reclutaron de su seno.

Bastante indiferentes á la política, los miembros de la Llanura pedían ante todo que no se ocuparan de ellos. Encerrados en sus comités, se mostraban lo menos posible á la Asamblea, y por ello las sesiones de la Convención no comprendían sino el tercio apenas de los diputados.

Desgraciadamente, y como suele ocurrir por lo general, aquellos hombres inteligentes y honrados estaban completamente desprovistos de carácter, y el miedo que siempre hubo de dominarles, les hizo votar las peores medidas propuestas por temidos personajes.

La Llanura votó, pues, todo lo que le ordenaron: la creación de un tribunal revolucionario, el Terror, etcétera. Con su ayuda la Montaña aplastó á la

Gironda, y Robespierre hizo perecer á los hébertistas y dantonistas. Como todos los débiles, seguía á los fuertes. Los dulces filántropos que componían y constituían la mayoría de la Asamblea contribuyeron á causar, por su pusilanimidad, los terribles excesos de la Convención.

La nota psicológica dominante de la Convención, fué un horrible miedo. Por miedo es por lo que se mandan cortar la cabeza recíprocamente, con la esperanza incierta de conservar la propia.

Tal miedo era por demás comprensible. Los desgraciados deliberaban en medio de gritos y vociferaciones de las tribunas. A cada instante verdaderos salvajes armados de picas invadían la Asamblea, y la mayoría de los miembros no osaban ya asistir á las sesiones. Cuando se rendían por azar, no era sino para callarse y votar según las órdenes de los montañeses, tres veces menores en número, sin embargo.

El miedo que á estos últimos dominaba, aunque menos visible, era también bastante profundo. No sólo hacían perecer á sus enemigos por un estrecho fanatismo, sino también por la convicción de que su existencia se hallaba amenazada. Los jueces del tribunal revolucionario no eran los que menos temblaban. Hubieran querido deshacerse de Danton, de la viuda de Camilo Desmoulins y de muchos otros, pero no se atrevieron.

Pero fué principalmente en el momento en que Robespierre llegó á ser dueño absoluto cuando el fantasma del miedo oprimió á la Asamblea. Con razón se ha dicho que una mirada del dueño y señor hacía enflaquecer de espanto á sus colegas. En sus rostros se leía «la palidez del temor ó el abandono de la desesperación».

Todos temían á Robespierre, y Robespierre temía á todos. Por miedo á las conspiraciones contra él dirigidas mandaba cortar cabezas, y por miedo también le permitían que ordenase cortarlas.

Las Memorias de los convencionales muestran cuán horrible recuerdo conservaron de aquella triste época. Interrogado veinte años más tarde, dice Taine, sobre el fin verdadero, sobre el pensamiento íntimo del Comité de Salvación pública, respondió Barrère:

«Teníamos tan sólo una idea, la de nuestra conservación; un solo deseo, el de conservar nuestra existencia, que cada cual creía amenazada. Se hacía guillotinar al vecino para que el vecino no nos hiciese guillotinar á nosotros».

La historia de la Convención constituye uno de los casos más sorprendentes que puede darse de la importancia de los agitadores y del miedo sobre una asamblea.